

# la próxima reforma de la liturgia

• ALFREDO SAENZ, S. J.



**E**STAMOS ya a punto de iniciar la importante reforma que la Iglesia ha decretado a partir de la Constitución sobre la Sagrada Liturgia. Sin embargo, vastos sectores de nuestro catolicismo permanecen aún muy ajenos a este acontecimiento llamado a renovar la vida espiritual de la Iglesia. O superficialmente informados. O simplemente sin interés. El Papa Pío XII, eminente propulsor de esta renovación sobre todo a partir de su admirable Encíclica *Mediator Dei* que es —y seguirá siendo— la Carta Magna de la Liturgia, veía en el movimiento litúrgico uno de los signos privilegiados del paso primaveral que el Espíritu Santo hacía por la Iglesia de hoy. Los católicos argentinos debemos aceptar agradecidos esta gracia que nos viene de la mano de Dios y colaborar decididamente, cada uno desde su puesto, para allanar obstáculos y lograr que la participación más consciente y universal en la vida litúrgica redunde en una profundización de la vida espiritual personal así como en el rejuvenecimiento y empuje de la Iglesia toda.

No son demasiado grandes o excesivamente espectaculares las reformas que regirán a partir del 7 de marzo. Hay quienes desearían ver radicalmente transformada la Liturgia que ha alimentado generosamente desde hace veinte siglos la vida de la Iglesia. Hay espíritus revolucionarios que querrían destruir de un plumazo las maduras adquisiciones de tantas generaciones, almacenadas a fuerza de fidelidad a la Iglesia y al Espíritu Santo. El Papa Paulo VI, en una reciente audiencia concedida al Consilium —organismo episcopal encargado de llevar a la práctica los decretos de la Constitución— recordaba a sus integrantes la absoluta

necesidad de ser fieles a la herencia de la Tradición. Un hijo bien nacido no puede ignorar su herencia y empezar todo de nuevo. La reforma litúrgica, si quiere ser valedera, debe estar bañada en el jugo de los siglos. La Liturgia que nos ha amantado desde nuestra infancia es el fruto del trabajo conjugado de santos, de Papas, de legisladores, de artistas. El despojo de la primitiva Iglesia, la claridad conceptual del romano, la piedad medieval, la exhuberancia barroca, han dejado sus mejores huellas en nuestras plegarias y ritos litúrgicos. No deja de ser emocionante saber que cuando rezo en la Liturgia, ora conmigo y a través de mí la Iglesia de dos mil años.

Pero esta fidelidad al pasado no justifica la actitud de aquellos que alientan en su interior un recóndito rechazo a la restauración litúrgica. Las actuales decisiones del Concilio no dejan lugar para un terco apego a "lo que se hizo hasta ahora". La misma fidelidad que debemos a nuestra Madre, la Iglesia, es la que hoy nos exige adherir a lo que no es ahora una opinión o tendencia dentro de la Iglesia sino la expresión misma de su voluntad explícita.

### REFORMAS INMEDIATAS

El Consilium prepara la reforma definitiva de las celebraciones litúrgicas, de acuerdo a las grandes líneas de la Constitución. Esta reforma —cuya formulación total requerirá largos años de estudio— se extenderá tanto a los ritos como a los textos sagrados. Pero en el interim, sin tocar aún el ritual —salvo casos raros— aquel organismo post-conciliar ha decretado varios cambios. Por falta de es-

pacio me limitaré a los que atañen a la celebración de la Misa.

La más llamativa de dichas reformas, que comenzaran a tener vigencia desde el 7 de marzo, es la *introducción de nuestra lengua vernácula en el seno mismo de la Liturgia*. Hasta ahora, toda acción litúrgica debía ser en latín. Los cantos en castellano que entonábamos durante la Misa no podían repetir literalmente los textos oficiales sino que debían parafrasearlos: no eran "liturgia" sino una manera de participar en la celebración litúrgica. De ahora en adelante, aún cuando el latín sigue siendo el idioma oficial del rito latino, sin embargo los diversos Episcopados tienen el derecho de introducir la lengua nacional para acompañar a los ritos mismos. Y el Episcopado Argentino ha resuelto hacer uso de tal derecho.

Asistiremos, por consiguiente, desde el 7 de marzo, a este cambio tan importante que hará posible una mayor inteligencia sobretodo de la Palabra de Dios al mismo tiempo que permitirá a nuestra querida lengua hispánica adorar a Dios con el genio de su expresión.

En adelante, el Kyrie, el Gloria, el Credo, las lecturas de la Epístola y el Evangelio, los saludos y respuestas, el Sanctus, el Agnus Dei, el Padrenuestro, etc., todas estas súplicas, oraciones y proclamaciones, podrán hacerse en castellano. Además habrá pequeños cambios en el ritual de la celebración de la Misa: el salmo inicial será suprimido, así como el Ultimo Evangelio y las preces finales prescritas por León XIII. Las partes del Propio, que los cantores o el pueblo cantan o recitan, no deberán ser dichas, por el celebrante privadamente. Las partes del Ordinario podrán ser cantadas o recitadas

por el celebrante junto con el pueblo o los cantores. La secreta u "oración sobre las ofrendas" habrá de ser cantada en las Misas cantadas y rezada en voz alta en las otras Misas. La doxología final del Canon, desde las palabras *Per ipsum* hasta el *Per omnia saecula saeculorum: Amen*, inclusive, habrá de ser cantada o recitada en voz alta.

Pero hay una reforma más sustancial que afecta a la misma secuencia del rito: me refiero a lo que la Constitución llama la "*oratio Communis*", oración común o de los fieles, que se ubicará entre el Credo y el Ofertorio y que cerrará la primera parte de la Misa, la Liturgia de la Palabra. Esta oración —que es propia del pueblo— nos permitirá rogar en forma litánica por las grandes intenciones de la Iglesia universal: Por el Papa, por el Obispo, por los gobernantes, por los enfermos, por los que sufren, etc. Al enunciado de cada invocación todo el pueblo responderá: *Te rogamus, Señor*. Podrán además los párrocos y encargados del culto local añadir alguna intención peculiar, si lo juzgan conveniente. La introducción de este rito no importa una novedad sustancial en el desarrollo de la acción litúrgica sino que es el retorno a una antiquísima tradición que remonta a los primeros siglos de la Iglesia.

### IMPORTANCIA DE LA LITURGIA

La Iglesia no ha vacilado en poner su mano maternal sobre aquello que le es más íntimo, como es la Liturgia, porque ha considerado que el estudio de un tema tan importante era una perentoria exigencia de la hora.

Ante todo la Liturgia aparece en las entrelíneas del documento conciliar como

la *raíz de donde brota toda la vida espiritual al mismo tiempo que la meta a donde debe ordenarse*. Es fuente y cumbre. Es fuente antes que nada porque del Bautismo —el sacramento fundamental de toda la Liturgia— dimana la posibilidad de cualquier progreso en la vida espiritual. Gracias al Bautismo nos hacemos hijos de Dios y por consiguiente podemos poner —con la gracia divina— actos que merezcan el cielo. También la Eucaristía es fuente de vida espiritual: gracias a ella nos ponemos en contacto con el centro de toda gracia y de esa manera hacemos posible el progreso de nuestra entrega a Dios.

Pero al mismo tiempo la vida espiritual debe retornar a la Liturgia como a su cumbre. Toda la vida interior —las devociones, los sacrificios, los actos de virtud, la piedad— sólo tendrá sentido si se ordena a una mejor participación en el culto. Y cuando decimos participación en el culto no nos referimos a la mera participación externa que se agota en actitudes, oraciones y gestos comunes, sino que queremos aludir a lo que constituye lo más íntimo en la vida de la Liturgia: la entrega de los corazones, simbolizada en el gesto exterior. La Liturgia es santificación del hombre, pero también es culto de Dios. Y como la vida íntegra del hombre debe ordenarse a dar culto a Dios, de allí se concluye que toda auténtica vida interior debe ordenarse al culto divino. Todo debe ser hecho a mayor gloria de Dios. Y en ninguna parte tributamos más honra a Dios que cuando "por Cristo, con Cristo y en Cristo, damos a Dios Padre omnipotente, en unidad del Espíritu Santo, todo honor y gloria". La Eucaristía es la cumbre de toda la vida interior.



La Liturgia es también, según la Constitución, *el comienzo y el fin de toda la actividad apostólica*: "La Liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza. Pues los trabajos apostólicos se ordenan a que, una vez hechos hijos de Dios por la fe y el Bautismo, todos se reúnan, alaben a Dios en medio de la Iglesia y coman la Cena del Señor" (art. 10). La recepción verdadera de los sacramentos exige una auténtica acción apostólica. Toda celebración litúrgica incluye un aspecto "misionero". El "Ite missa est" de la Misa involucra un envío al mundo para que el cristiano, imbuido en la gracia recibida con superabundancia durante la acción litúrgica, pueda irradiar en el ambiente profano lo que recibió en la comunidad orante. Aquel que dijo: "donde estén dos o tres reunidos en mi nombre, Yo estaré en medio de ellos" pretende extender su presencia activa a todos los hombres para santificarlos. No hay auténtica Acción Católica sin una verdadera participación en la Liturgia. No hay Universidad Católica, no hay Movimiento Familiar Cristiano, si tales actividades no brotan de la Liturgia, sobre todo del sacramento del altar, centro de unidad y al mismo tiempo núcleo de todo dinamismo apostólico. La salvación de Dios, actualizada en la celebración litúrgica, llega a la periferia del mundo gracias a aquellos que han sido beneficiados por su contacto inmediato.

Por otra parte, el fin último de cualquier clase de apostolado es hacer que todos los hombres entren en la salvación que se les ofrece por la fe y por los sacramentos. La Eucaristía —sacramento central y misterio de fe por excelencia—

es el término de confluencia de todos los esfuerzos apostólicos. No hay divorcio posible entre Liturgia y apostolado.

Tal es el lugar privilegiado que debe ocupar la Liturgia en la vida de la Iglesia. Lo dice claramente la "Instrucción para la aplicación de la Constitución", redactada por el Consilium: "Es necesario que cada uno se convenza de que no está tanto el fin de la Constitución en cambiar la formas y textos litúrgicos cuanto en suscitar más bien la formación de los fieles y en promover aquella acción pastoral que halle en la Sagrada Liturgia su fuente y su cumbre. En efecto, los cambios hasta ahora propuestos en la Liturgia o los que lo serán más adelante, llevan consigo este fin" (Nº 5).

#### NECESIDAD DE UNA FORMACION LITURGICA

Quizás algunos de nuestros lectores se hayan extrañado al constatar la importancia que la Iglesia atribuye a la Liturgia. Porque hasta ahora "liturgia" era, para muchos, sinónimo de "conjunto de ritos". Y vida espiritual era sinónimo de "devociones", suma de sacrificios, abnegación y caridad. Todo lo cual es cierto pero es conveniente dar a este complejo de actividades una estructuración más jerarquizada. La Liturgia es la fuente que da vida a todas estas manifestaciones de vida interior.

También para muchos apóstoles laicos la Liturgia nada tenía que ver con su actividad apostólica. La fervorosa comunión de la mañana no tenía casi relación alguna con su influencia cotidiana en el ambiente. A lo más era una ocasión de pedir ayuda a Dios para el apostolado

futuro. Pero la Constitución va mucho más allá al subrayarnos que la Liturgia es no sólo la fuente indispensable de toda actividad apostólica, sino también la cumbre de toda ella: es decir que si debemos ganar a los demás, en el fondo lo hacemos para que de esa manera puedan participar con mayor plenitud en la Eucaristía gracias a la cual irán cada día más muriendo al hombre viejo y resucitando cada vez más a la nueva vida en Cristo.

Todo esto debemos aprenderlo e integrarlo en nuestra vida. Así lo pretende la Constitución al mandar que la enseñanza de la Liturgia ocupe un lugar privilegiado en el estudio de los temas que conciernen a nuestra fe. Prescribe que en los Seminarios la Liturgia sea una materia "principal" y al modo de un vértice que estructure el resto de las materias: "La asignatura de Sagrada Liturgia se debe considerar entre las materias necesarias y más importantes en los seminarios y casas de estudios de los religiosos, y entre las asignaturas principales en las facultades teológicas. Se explicará tanto bajo el aspecto teológico e histórico, como bajo el aspecto espiritual, pastoral y jurídico. Además, los profesores de las otras asignaturas, sobre todo de Teología dogmática, Sagrada Escritura, Teología espiritual y pastoral, procurarán exponer el Misterio de Cristo y la historia de la salvación, partiendo de las exigencias intrínsecas del objeto propio de cada asignatura, de modo que quede bien clara su conexión con la Liturgia y la unidad de la formación sacerdotal" (art. 16). Ya desde el seminario la Liturgia debe ser para el futuro sacerdote la fuente de su energía, el centro de su vida espiritual, y el hogar de su calor apostólico. El sacerdote debe sacar de ella las energías para su

trabajo, a veces ingrato y agotador, y a ella debe conducir al pueblo que tiene bajo su cuidado. Más aún, la Constitución prescribe que los sacerdotes que ya están trabajando en la viña del Señor, y que por consiguiente no han podido ser previamente instruidos con suficiencia en las riquezas de la Liturgia, sean reunidos para profundizar juntos en los grandes temas litúrgicos señalados por la Constitución, como ya se ha hecho con fruto en algunas Diócesis de nuestro país.

Los pastores deben formarse. Eso es primordial, como se comprende fácilmente. Pero esta formación debe extenderse a todos los fieles del Pueblo de Dios. Lo dice el art. 19 de la Constitución: "Los pastores de almas fomenten con diligencia y paciencia la educación litúrgica y la participación activa de los fieles, interna y externa, conforme a su edad, condición, género de vida y grado de cultura religiosa, cumpliendo así una de las funciones principales del fiel dispensador de los Misterios de Dios". Todos los cristianos deben aprender que son "actores" en la Liturgia y no "mudos espectadores". El Bautismo es el fundamento de tal participación. Gracias a él los cristianos tienen no sólo el deber pero también el derecho de tomar parte en la Liturgia. Es un derecho gozoso que hace a la dignidad misma del cristiano. El sacerdote en el Bautismo toca la lengua del bautizando para que sus labios se abran a la oración de la Iglesia. Y también toca sus oídos mientras dice: Efeta, es decir: ábranse, para que sea capaz de escuchar la voz del Señor. Labios abiertos para la oración común; oídos atentos a la proclamación de la Palabra de Dios: tal es el resultado del primero y más fundamental de los sacramentos.

La renovación litúrgica exige de todos nosotros una "conversión". Estamos quizás demasiado apegados a un tipo de devoción un poco individualista y nos cuesta orar en plural: se nos hace difícil salir de nuestras preocupaciones a veces mezquinas para hacer nuestras las grandes intenciones que la Iglesia universal nos presenta en los textos de la Liturgia.

### CONSECUENCIAS

Pero esta "conversión" no es todo. La Iglesia no puede contentarse con una colaboración pasiva de quienes integran dinámicamente el Pueblo de Dios. Los

artistas, los músicos, los literatos, son hoy convocados con urgencia para poner sus talentos al servicio de la reforma litúrgica. Será menester componer melodías para los textos cantados de la Misa, traducciones esmeradas y poéticas de los salmos para las "celebraciones de la Palabra de Dios", imágenes sagradas para ofrecer a la veneración de los fieles. Toda una empresa por delante. Y de todos los demás, aún cuando carezcan de dotes especiales para la creación, la Iglesia espera su aporte, su comprensión, su apoyo, de modo que la Liturgia, renovada y fecunda, testimonie el paso del Espíritu Santo por la Argentina 1965. ♦